LA HISTORIA DE LA IGLESIA PRESENTADA A UNA SOCIEDAD PLURALISTA

ENRIC MOLINÉ

1. *Las muchas facetas de la historia de la Iglesia*

Eusebio de Cesarea comienza su *Historia Ecclesiastica* diciendo que se propone dejar constancia de la sucesión de los apóstoles, de los que presidieron las iglesias más insignes, de la vida y obra de los que predicaron la palabra de Dios y de los que difundieron herejías, de las desgracias que se abatieron sobre el pueblo judío, del carácter de las persecuciones y el heroísmo de quienes las sufrieron, de los mártires de su propio tiempo, de la continua protección divina y de la paz que finalmente había llegado (HE I, 1, 1).

Un amplio elenco, que no agota sin embargo los temas que el mismo Eusebio va tratando después, y que son un testimonio temprano, nada menos que del fundador de la Historia de la Iglesia, de unos horizontes vastos y ambiciosos. Muy alejado, todo ello, de los esquemas de algunos manuales que en distintas épocas se han polarizado alrededor de unos pocos temas, desde luego importantes pero también insuficientes, tales como el desarrollo del dogma o la teología, la crónica de las actuaciones de los papas, o la narración de los conflictos entre la autoridad eclesiástica y la autoridad civil.

Éste es también el camino que hoy se sigue, y afortunadamente se procura ahora investigar un abanico de facetas de la vida de la Iglesia cada vez más amplio. Junto a temas antiguos aparecen otros nuevos, porque las preguntas que se formula el historiador y los campos que desea conocer varían en función de lo que interesa especialmente o suscita mayor curiosidad en la época en que él vive. Por eso la historia se está siempre rehaciendo y por eso se ha podido decir que toda historia es en cierta manera historia contemporánea.

2. *La Iglesia, encarnada en una sociedad*

Tampoco se puede tratar ni comprender la vida de la Iglesia sin tener presente la sociedad donde está encarnada y donde se va haciendo. Hasta tal punto se da una interrelación estrecha entre una y otra, que es perfectamente posible presentar la Historia de la Iglesia como una simple Historia general que dedica una atención notable a la institución eclesiástica. Algo de esto sucede, por ejemplo, con obras tan distantes en el tiempo como la monumental *Historia de la Iglesia en España* que el profesor Gonzalo Redondo, de la Universidad de Navarra, nos va ofreciendo volumen tras volumen; o la *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* que escribió Beda en el lejano siglo VIII y que, a pesar de su nombre, no es más que una historia del pueblo inglés que tiene muy presente su dimensión eclesiástica. Tanto en uno como en otro ejemplo, la historia general y la historia de la Iglesia llegan en cierta manera a fundirse.

Pero si la Historia de la Iglesia no puede prescindir de la Historia general, tampoco la Historia de las sociedades donde el cristianismo ha tenido un peso considerable puede prescindir de la Historia de la Iglesia sin que quede gravemente mutilada. De ahí que el interés por esta disciplina no está circunscrito en modo alguno a la comunidad creyente. La vida de la Iglesia tiene un enorme interés para todo historiador, con independencia de sus convicciones religiosas.

3. *La Iglesia, realidad humana y divina*

Y es aquí donde hemos de introducir otra consideración. Porque a renglón seguido dice Eusebio que empezará su *Historia* remontándose hasta Cristo, tratando de su predicación, que excede en elevación y en grandeza al intelecto del hombre, y de su doble naturaleza, divina y humana.

También la Iglesia pretende tener, como lo pretendía su Fundador, esa doble naturaleza. También ella es humana y divina. Formada por hombres que viven en una determinada sociedad y dotada de una organización visible, es al mismo tiempo sobrenatural e invisible, sociedad humana y Cuerpo místico de Cristo, «una realidad compleja en la que están unidos el elemento divino y el humano», con palabras de la *Lumen gentium* (LG 8); o que es « a la vez humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles», con otras que pertenecen a la *Sacrosanctum Concilium* (SC 2).

Hace falta tener en cuenta esta segunda dimensión, la divina, que es además la principal, para evitar quedarse en una mera fenomenología al estudiar la vida de la Iglesia a través de los tiempos, condenándose en consecuencia a no comprender muchas de las motivaciones que se hallan detrás de los hechos. Por eso pensamos que quienes no aceptan la pretensión de la Iglesia de ser un misterio de salvación enraizado en lo sobrenatural, han de encontrar mayores dificultades para entender su historia. Aunque no unas dificultades tales que necesariamente impidan valiosas aproximaciones a la verdad o, incluso, aciertos importantes.

4. *¿Cómo presentar la Historia de la Iglesia a una sociedad pluralista?*

Tanto Eusebio como Beda, para limitarnos a los autores antiguos citados más arriba, escribían para unos lectores cristianos. En una sociedad pluralista como la nuestra, el historiador se ha de dirigir necesariamente a cristianos y a los que no lo son, a gentes de distintas religiones o que no tienen ninguna. En el área cultural de occidente, la mayoría de sus oyentes suelen ser cristianos, de diversas denominaciones y con distintos niveles de convencimiento; o agnósticos, distribuidos en un amplio espectro que va desde los muy respetuosos hasta los muy beligerantes. Ocurre entonces que parte del público carece de unos supuestos cristianos, sin cuyo conocimiento hay aspectos esenciales de la vida de la Iglesia que se hacen especialmente opacos. ¿Cómo hay que presentar entonces la Historia de la Iglesia?

Se podría pensar que lo mejor sería tratar sólo de aspectos que se suponen de interés común para el cristiano y para el que no lo es. Temas realmente importantes, que se prestan a diversidad de interpretaciones y a debates serios, y que son efectivamente ocasión de un trabajo conjunto, como, por ejemplo, el impacto del cristianismo en la idea y la práctica del poder, o en la de la beneficencia, o de la riqueza, o de la tolerancia, o de la libertad de la conciencia frente al dictado del poder civil, y tantos otros.

Opinamos, sin embargo, que será un flaco servicio limitarse a desarrollar estos aspectos, y hasta quizá ofensivo suponer que quienes no comparten unos mismos puntos de partida son siempre incapaces de entender que otros los tengan y de comprender unas razones por el simple hecho de que no son las suyas. De este modo se podría llegara elaborar una especie de «Historia eclesiástica ad usum Delphini», y a tratar a los interlocutores no cristianos como a menores de edad.

El único criterio que ha de guiar la tarea de cualquier historiador es seguramente el de lograr la mayor aproximación posible a la verdad de los hechos, tanto en su concreción como en las líneas de fuerza que los vertebran. Y si, como es de esperar, transmite después estos hallazgos, ha de hacerlo con toda transparencia.

No es otro el criterio para el historiador cristiano. Hasta el punto que cuando sabe que su destinatario tiene una postura previa muy distinta, es de esperar que su esfuerzo por ser claro le lleve no sólo a no ocultar los supuestos cristianos de que parte, sino a manifestarlos claramente y a explicarlos con toda la extensión que sea necesaria. Sólo de este modo puede hacer realmente inteligible su discurso al mismo tiempo que trata el de su interlocutor con todo el respeto que en el mundo académico merecen siempre los distintos enfoques y opiniones.

La historia de la Iglesia, pensamos, hay que presentarla honradamente, en toda su riqueza y complejidad, con sus luces y sus sombras, sus certezas y sus dudas, con la misma actitud de amor a la verdad que ha de haber presidido su investigación. Porque, podríamos terminar parafraseando a otro autor antiguo, Tertuliano en este caso, la verdad de nada ha de avergonzarse si no es de ser mal conocida.

Enric Moliné
Doctor Carulla, 47 A, 5º
E-08017 Barcelona